



CRÍTICA DE LA (IR)RACIONALIDAD ECONÓMICA

Jordi Pigem
Filósofo

Resumen

A pesar de la física cuántica y la psicología transpersonal, en pleno siglo XXI la economía imperante se basa en una ontología decimonónica: es reduccionista y fragmentadora, y ve el mundo como una suma aleatoria de objetos inertes y cuantificables que están ahí para que los exploremos.

Una economía más sana y humana bajará de los laberintos de abstracciones a la vida concreta de las personas y el planeta. Transformará el modo de emplear los hemisferios cerebrales, integrando el hemisferio analítico al servicio del hemisferio holístico, que es el que en una mente sana tiene la primera y la última palabra.

Abstract

Despite quantum physics and transpersonal psychology, the economics prevailing in the 21st century is based on a 19th-century ontology: it is reductionist and fragmentary and sees the world as a random sum of inert and quantifiable objects that are there to be exploited.

A healthier and more humane economics would descend from the labyrinths of abstraction to the specific life of people and the planet. It would transform how we use the hemispheres of our brain, integrating the analytical sphere in the service of the holistic sphere, which is what has the first and last word in a healthy mind.

1. Economía y racionalidad

Es común entre los no economistas, y también entre los economistas críticos, percibir que la ‘racionalidad’ que a menudo invocan las decisiones económicas esconde algún tipo de irracionalidad. En efecto, uno de los pilares de la teoría económica es el comportamiento *racional* de los individuos, en cuya elección *racional* se basa la *lógica* del mercado. La palabra *racionalizar* se ha convertido en un útil eufemismo a la hora de recortar (los salarios) o reducir (la plantilla de una empresa) y, en general, a la hora de favorecer los intereses financieros (rescate de entidades bancarias) por encima del bien común (educación, sanidad, empleo). Decisiones que desde una perspectiva más amplia son éticamente injustificables, desde una perspectiva estrictamente económica aparentan ser ‘racionales’. ¿Qué ocurre aquí?

Es obvio que la lógica del mercado no es siempre racional. Puede llegar a ser todo lo contrario. El gran economista José Manuel Naredo ha denunciado durante mucho tiempo la «irracionalidad global» del «sistema económico» imperante¹. Esa irracionalidad ha sido a veces descrita como *locura*. Así, el economista Kenneth Boulding ya afirmaba hace décadas que «para creer que el crecimiento exponencial puede continuar indefinidamente hay que ser un loco o un economista». Mientras escribo estas líneas (abril de 2012) la edición más reciente del prestigioso *World Economic Outlook* del FMI se atreve a mencionar en su prólogo, firmado por su economista en jefe, Olivier Blanchard, «el hecho de que los mercados parecen un

¹ NAREDO (2009), p. 80: «Desde hace tiempo vengo denunciando la irracionalidad global que conlleva la razón parcelaria de las mitologías de la *producción*, el *trabajo*, la *competitividad*... y el *desarrollo* que se anudan en torno a la idea usual de *sistema económico*».

tanto esquizofrénicos»². No es infrecuente que, en los últimos años, los comentaristas económicos describan lo que observan en términos de locura³. Por su parte, la película *Inside Job*, documental sobre la irracionalidad del sistema financiero norteamericano que fue galardonado con un Oscar en 2010, recoge declaraciones de expertos que abundan en lo mismo: *It is utterly mad!* (Allan Sloan, editor de la revista *Fortune*)⁴; *That was nuts!* (Kenneth Rogoff, ex economista en jefe del FMI y catedrático de Economía en Harvard)⁵. Y si algunas de estas expresiones son utilizadas de modo casual, hay quienes han utilizado en serio símiles psiquiátricos para referirse a la irracionalidad del sistema económico. Raj Patel compara el hecho de que seguimos creyendo en la lógica y la autosuficiencia de los mercados con el síndrome de Anton-Babinski (también llamado ceguera de Anton), en el que debido a una lesión cerebral la persona es fisiológicamente incapaz de ver, pero pretende hacer creer que ve perfectamente —aunque choca contra las paredes y las puertas cerradas—.⁶ Y ya en el año 2000 surgió de la Sorbona un «Mouvement pour une économie post-autiste», en alusión al ‘autismo’ del sistema económico, incapaz de darse cuenta de que incrementa las desigualdades sociales y destruye el equilibrio ecológico sobre el que se sustenta⁷.

Todo ello nos invita a cuestionarnos hasta qué punto la «ciencia económica» es científica y racional. Gilbert Rist señala que no deja de ser curiosa la insistencia con que la economía presume del título de ciencia, mientras que es poco habitual oír hablar de la «ciencia psicológica» o la

«ciencia geográfica»⁸. Algunos manuales de teoría económica convencional empiezan a reconocer, tímidamente, que estamos, en cualquier caso, ante «una ciencia muy inexacta»⁹. Los economistas críticos admiten que la teoría económica convencional «es un sistema de creencias mucho más que una ciencia»¹⁰. Naredo ha comprobado que el pensamiento económico convencional se resiste tremendamente a revisar sus ideas¹¹. Y algunos han incluso descrito la economía como una religión, tremendamente carismática¹².

Ahora bien, sorprende que la economía, con todo su aparato de ecuaciones y abstracciones y toda su insistencia en la racionalidad, pueda ser considerada irracional. ¿Podría ser que su insistencia en lo matemático y racional haya ido demasiado lejos, olvidándose de su propósito

⁸ RIST (2011), p. 36. Este fenómeno ocurre igualmente en idiomas, como el inglés, que usan palabras distintas para la actividad económica (*economy*) y la teoría económica (*economics*).

⁹ «It is essential to keep in mind that macroeconomics is a very inexact science [...]. Economic relationships that seem perfectly compelling in theory do not always hold in practice. To give just two examples: interest rates do not always fall when money supply rises, and stagnant economies don't always improve in response to deficit spending»; MOSS (2007), p. 140. El propio autor, profesor de la Harvard Business School, reconoce sin embargo: «Unfortunately, some students of macroeconomics are so confident about what they have learned that they refuse to see departures at all, preferring to believe that the economic relationships defined in their textbooks are inviolable rules. This sort of arrogance (or narrow-mindedness) becomes a true hazard to society when it infects macroeconomic policy»; MOSS (2007), p. 141.

¹⁰ KEEN (2011), p. 101.

¹¹ NAREDO (2009), p. 81: «Desde hace tiempo vengo observando la escasa permeabilidad de la comunidad científica de los economistas a este tipo de análisis que apuntan a revisar y relativizar sus fundamentos, así como la escasa querencia de los *mass-media* a divulgarlos [...]. En este campo no parece que la gente tenga mucho afán en reflexionar sobre la parte irreflexiva que soporta sus pensamientos y orienta sus comportamientos».

¹² Véase DOBELL (1995) y LOY (2002). A dicha comparación también ha recurrido el que esto escribe: «En otras culturas, el propósito último de la existencia humana era honrar a Dios o a los dioses, o fluir en armonía con la naturaleza, o vivir en paz, libres de las ataduras que nos impiden ser felices. En nuestra sociedad, el propósito último es que crezca el producto interior bruto y que siga creciendo. En esta huida hacia delante se sacrifica todo lo demás, incluido el sentido de lo divino, el respeto por la naturaleza y la paz interior (y la exterior si hace falta petróleo). La economía contemporánea es la primera religión verdaderamente universal. El *ora et labora* dejó paso a otra forma de ganarse el paraíso: producir y consumir. Como ha señalado David Loy, la ciencia económica 'no es tanto una ciencia como la teología de esta nueva religión'. Una religión que tiene mucho de *opio del pueblo* (Marx), *mentira que ataca a la vida* (Nietzsche) e *ilusión infantil* (Freud). Una forma de autoengaño que ahora nos pasa factura» (PIGEM [2009], p. 44). «El Progreso es la religión de la Modernidad, cuya palabra se revela progresivamente a través de la ciencia, se encarna en los milagros de la técnica y se despliega con el desarrollo. Como el Cristianismo, la religión monoteísta del Progreso tiene una estructura trinitaria, es decir, Dios es uno en tres personas: la Razón (el Padre), la Ciencia (el Hijo) y la Economía (el Espíritu Santo). Se pretende laica y usa la palabra «religión» como anatema, pero se autodeclara única creencia verdadera y desprecia a los paganos que no comulgan con ella. En vez de teología tiene tecnología, en vez de la pasión de Cristo, la pasión de Fausto» (PIGEM [1994], pp. 55-57).

² BLANCHARD (2012): «Prólogo», p. xiv: «It is further complicated by the fact that markets appear somewhat schizophrenic».

³ Un par de ejemplos: «El comportamiento maníaco-depresivo del ahorro» (Laborda, 2010) y «Rayando en la locura» (Krugman, 2011).

⁴ «¡Es una completa locura!» (minuto 48).

⁵ «¡Fue una locura!» (minuto 36).

⁶ Patel (2009), pp. 29-30.

⁷ «En los últimos treinta años, los políticos y burócratas de todo el mundo han adoptado la teoría económica como único criterio [...]. El mundo ha sido recreado a imagen de los economistas. Este poder de la teoría económica no ha hecho del mundo un lugar mejor. Al contrario, si la sociedad ya tenía problemas, la ha hecho peor: más desigual, más inestable y menos 'eficiente'», escribe el economista australiano Steve KEEN (2011), p. xv.

original?¹³ Las teorías económicas, al intentar matematizar fenómenos extraordinariamente complejos (como todo lo que atañe a las relaciones humanas), tienden a confundir lo abstracto con lo concreto, a substituir la realidad viva y concreta por una red de ecuaciones y abstracciones, basadas en presupuestos muy discutibles. Se fijan extraordinariamente en el mapa y acaban ignorando el territorio: las personas, el planeta, e incluso la historia económica.

2. Confundir lo abstracto con lo concreto

El pensamiento económico convencional tiende a tratar lo abstracto con si fuera una realidad concreta, olvidando el grado de abstracción implicado. Éste es el error o falacia que el filósofo angloamericano Alfred North Whitehead llamaba *the fallacy of misplaced concreteness*,¹⁴ uno de cuyos resultados es que «el todo se pierde en uno de sus aspectos»¹⁵. El matemático y bioeconomista Nicholas Georgescu-Roegen, eminente predecesor de la economía ecológica, ya afirmaba hace más de cuarenta años que «está fuera de toda duda que el pecado de la economía convencional es la falacia de la *misplaced concreteness*»¹⁶. Esta confusión entre lo concreto y lo abstracto es uno de los pilares que guían la crítica de la economía convencional en la clásica obra de Herman Daly y John Cobb, *For the Common Good*.

El propio Whitehead señalaba:

Se podría argumentar fácilmente que la ciencia de la economía política, tal como fue estudiada en el primer período después de la muerte de Adam Smith (1790) causó más perjuicio que

beneficio [...]. Impuso sobre los hombres una serie de abstracciones que fueron desastrosas en su efecto sobre la mentalidad moderna [...]. Su procedimiento metodológico [...] fija la atención sobre un grupo definido de abstracciones, ignora todo lo demás, y genera todo fragmento de información y toda teoría que sea relevante para lo que ha escogido. El método resulta triunfante siempre que las abstracciones sean sensatas. Pero por muy triunfante que sea, el triunfo tiene sus límites. Ignorar tales límites lleva a desastrosas imprevisiones (*oversights*)¹⁷.

Una de tales «desastrosas imprevisiones» es la crisis económica y financiera en la que nos encontramos. Como señalaba E. F. Schumacher, «es inherente a la metodología de la economía el ignorar que el ser humano depende del mundo natural»¹⁸. También parece inherente a su metodología el suprimir la empatía por todo lo humano.

2.1. El laberinto de la hipermatematización

La teoría económica convencional construye modelos y teoremas cada vez más abstractos que reducen una enorme variedad de decisiones humanas imprevisibles a unas pocas variables cuantificables. Obtiene resultados de una lógica impecable, pero por muy espectaculares que sean las operaciones matemáticas que se utilicen el resultado siempre queda lejos de la realidad. Como Einstein afirmó en un discurso a la Academia Prusiana de Ciencias: «En la medida en que las proposiciones de las matemáticas se refieren a la realidad, no son ciertas; en la medida en que son ciertas, no se refieren a la realidad»¹⁹.

En vez de estudiar más a fondo los ejemplos reales que nos da la historia económica, la economía convencional se aventura a hacer modelos

¹³ Si atendemos a la etimología, su propósito original es la buena gestión (*nomos*) del espacio común que compartimos, equiparable a un hogar (*oikos*).

¹⁴ WHITEHEAD (1985), pp. 7-8: «This fallacy consists in neglecting the degree of abstraction involved when an actual entity is considered merely so far as it exemplifies certain categories of thought [...]. Thus the success of a philosophy is to be measured by its comparative avoidance of this fallacy».

¹⁵ WHITEHEAD (1948), p. 197.

¹⁶ GEORGESCU-ROEGEN (1971), p. 320.

¹⁷ WHITEHEAD (1948), p. 200.

¹⁸ SCHUMACHER (1974), p. 36.

¹⁹ Berlín, 27 de enero de 1921: «Insofern sich die Sätze der Mathematik auf die Wirklichkeit beziehen, sind sie nicht sicher, und insofern sie sicher sind, beziehen sie sich nicht auf die Wirklichkeit».

basados en complicadas operaciones matemáticas y cada vez más alejados del mundo tangible. Estos modelos, desgraciadamente, demasiado a menudo se convierten en acción de gobierno. Como señala John Michael Greer, la economía convencional sufre una forma grave de «matematización prematura»²⁰. O, como afirma Gilbert Rist, la economía convencional «es una ‘ciencia’ cuya miopía a veces se aproxima a la ceguera», en la medida que «cuenta y recuenta todo lo que el mercado registra, pero olvida que las cifras con las que juega distan mucho de reflejar el mundo real»²¹. Desde las filas más convencionales del pensamiento económico se empieza a reconocer que lo abstracto y cuantificable ha desplazado peligrosamente la dimensión histórica, social y humana de la economía²².

2.2. *El énfasis en lo estático*

El pensamiento económico convencional, capitalista o marxista, basa su aparato conceptual en la más prestigiosa de las disciplinas científicas, la física... Pero no en la física del siglo XXI, ni en la del XX, ni siquiera en la del siglo XIX. El pensamiento económico que guía las decisiones de los tecnócratas y se sigue enseñando en la mayoría de cursos universitarios, toma como modelo la física de los siglos XVII y XVIII: la física newtoniana de entidades básicamente aisladas, estáticas, en perfecto equilibrio, que se mueven regularmente en un espacio uniforme e infinito y en el que la dimensión temporal es secundaria (se supone que el tiempo es perfectamente reversible). Dicha concepción no sólo es obsoleta en relación con la física cuántica y relativista que nace en el siglo XX, sino que es también anterior al descubrimiento de

la termodinámica en el siglo XIX. Este universo de entidades básicamente aisladas y estáticas tiene poco que ver con el mundo real, pero es el universo que describen los manuales de economía. Los economistas bien informados tienden a reconocer que esto es un hecho peculiar. En *Microeconomic Theory*, un manual de casi mil páginas muy utilizado en las mejores universidades del mundo, pasadas más de seiscientas páginas encontramos esta confesión:

Un hecho característico que distingue a la economía de otros ámbitos científicos es que, para nosotros, las ecuaciones de equilibrio constituyen el centro de nuestra disciplina. Otras ciencias, como la física o incluso la ecología, ponen en comparación más énfasis en la determinación de las leyes dinámicas del cambio. Pero aquí, hasta ahora, prácticamente no hemos mencionado la dinámica²³.

De modo que el dinámico mundo de hoy se rige por una disciplina que no sabe qué hacer del dinamismo.

2.3. *El individualismo metodológico*

Al igual que se centra en lo estático, la economía imperante también pone énfasis en los individuos aislados, no en las personas como miembros de una comunidad vital. A esto se le llama individualismo metodológico: como estudiar una sociedad es muy complejo, imaginaremos que la sociedad no es más que una suma de individuos aislados (como decía Thatcher: «La sociedad no existe. Sólo existen los individuos»). Pero el conjunto siempre es más que la suma de sus partes (como afirmaba el filósofo Raimon Panikkar: «Media vaca y media vaca no es siempre igual a una vaca»). En realidad lo que no existe es esta ficción del individuo aislado: un

²⁰ GREER (2011), pp. 16-19.

²¹ RIST (2011), p. 187.

²² Así, J. Bradford DeLong, ex secretario de adjunto del Tesoro de EEUU y profesor de Economía en la Universidad de California: «Necesitamos más historiadores monetarios e historiadores del pensamiento económico y menos constructores de modelos» (DELONG, 2011).

²³ MAS-COLELL, WHINSTON *et al.* (1995), p. 620.

ego atómico sin historia ni vínculos ni pasiones ni tierra ni aire ni agua. Y este es precisamente el arquetipo humano en que se basa el pensamiento económico: el *homo oeconomicus*, un monstruo de egoísmo, un sujeto individualista que sólo atiende a abstracciones, desvinculado de sus sentimientos, de la naturaleza y del bien de la comunidad. Una criatura sin mucha relación con lo que ha sido la inmensa mayoría de la humanidad en casi todas las culturas y épocas.

Como explica el antropólogo Marshall Sahlins, para la mayoría de las culturas ancestrales el egoísmo (*self-interest*) es cuestión de locura o de brujería: una pérdida de conciencia del hecho de que somos lo que somos en una red de relaciones que nos conectan con las otras personas y con el mundo²⁴. En las culturas premodernas, y especialmente en las culturas indígenas, el sentido del «yo» es mucho más relacional: «los informes etnográficos hablan del ‘yo transpersonal’ (nativos norteamericanos), del yo como ‘lugar de encuentro de relaciones sociales compartidas o biografías compartidas’ (Islas Carolinas), de las personas como ‘espacio plural y compuesto de las relaciones que las producen’ (altiplanos de Nueva Guinea)» y, en general, de la persona individual como «lugar de encuentro de múltiples otros ‘yos’ con los que se está unido por relaciones mutuas de existencia». Estas relaciones de solidaridad no se limitan al parentesco genealógico: incluyen lazos basados en un «lugar de residencia común, historia común, derechos de uso de la tierra comunes, intercambio de regalos, donación de alimentos y memorias compartidas, entre otras formas de constituir una mutualidad de ser»²⁵. Sahlins concluye que «la civilización Occidental se ha construido sobre una idea perversa y errónea de la naturaleza humana [...] que pone en peligro nuestra existencia»²⁶. Esa

idea perversa y errónea se manifiesta con especial nitidez en la ficción del *homo oeconomicus*.

Para entender mejor la economía es necesario entender mejor al ser humano. Y si hoy en día queremos entender cómo pensamos, conviene prestar atención a los descubrimientos de la neurociencia.

3. Entender el cerebro para entender cómo pensamos

El cerebro es la estructura organizada más compleja que conocemos: tiene en torno a 100.000 millones de neuronas (células nerviosas), cada una de las cuales está conectada con entre 1.000 y 10.000 otras neuronas (un solo cerebro es más complejo que toda la actividad financiera). Se divide en dos hemisferios que están vinculados a la actividad del lado opuesto del cuerpo (el hemisferio izquierdo, por ejemplo, rige la parte derecha del cuerpo y la parte derecha del campo visual). Excepto en su base, los hemisferios cerebrales están completamente separados, y cada vez hay más evidencia neurológica de que uno y otro hemisferio son muy distintos y tienen maneras completamente diferentes de percibir el mundo. Uno se basa en analizar y calcular, y nos hace sentir separados, el otro nos lleva a participar en el momento presente y a percibir de manera holística, poniendo énfasis no en las cosas sino en las relaciones. En la gran mayoría de las personas, el hemisferio izquierdo se especializa en el análisis, la precisión, el significado literal de las palabras y todo lo que es abstracto y cuantificable, mientras que el hemisferio derecho presta atención al contexto de las palabras y de las cosas y a todo lo que es creativo, intuitivo, relacional y cualitativo.

Curiosamente, todas las funciones cerebrales que se fueron localizando en el siglo XIX y a principios del XX correspondían al hemisferio izquierdo (el primer caso se dio a conocer en 1861: al practicar la autopsia a una persona que había

²⁴ SAHLINS (2008), p. 51: «For the greater part of humanity, self-interest as we know it is unnatural in the normative sense: it is considered madness, witchcraft or some such grounds for ostracism, execution or at least therapy».

²⁵ SAHLINS (2008), pp. 44 y 47-48.

²⁶ SAHLINS (2008), p. 112.

perdido el habla veinte años atrás, se constató que tenía una grave lesión en el hemisferio izquierdo). De modo que no es sorprendente que, hasta mediados del siglo XX, la mayoría de investigadores creyeran que el hemisferio derecho del cerebro no desempeñaba ningún papel significativo. Pero ello sería extraño, porque en la obra de arte de nuestro organismo todo tiene una función. Hay que tener en cuenta que los tejidos del cerebro, como los músculos y las membranas de las células, se transforman en respuesta a nuestras actitudes y actividades. El premio Nobel Santiago Ramón y Cajal decía que todo el mundo, si se lo propone, puede ser escultor de su propio cerebro.

En todas las funciones de la mente, incluidos el lenguaje y la visualización de imágenes, intervienen continuamente ambos hemisferios. Ahora bien, lo hacen con estilos muy distintos. En el caso del lenguaje, el hemisferio izquierdo identifica signos y palabras aisladas, pero es el hemisferio derecho el que entiende el verdadero sentido de un texto. El hemisferio izquierdo atiende al significado literal, pero es incapaz de entender las metáforas o la gracia de un chiste. En el caso de la música, el hemisferio derecho es el que percibe la melodía, el ritmo y la armonía. El hemisferio izquierdo percibe notas aisladas, y permite que un compositor o intérprete analice la partitura. Pero a la hora de sentir la música, el hemisferio derecho ha de volver a tomar las riendas.

La neurociencia está revelando cada vez más que el hemisferio derecho, lejos de ser una mera comparsa, es en realidad el más fundamental²⁷. Es el que percibe todo lo que nos resulta nuevo, el que evalúa las situaciones de manera global, y el que se siente a gusto con la creatividad y con el fluir y la inmediatez de la vida. El hemisferio izquierdo,

especializado en el análisis mecánico, la precisión y el significado literal, es un instrumento extraordinario que permite afinar nuestra experiencia del mundo. Nos permite navegar, pero no sabe elegir el rumbo. La visión analítica es importante, pero sin la visión global, la que aporta el hemisferio derecho, es fácil perdersenos.

En un pensamiento sano y en una economía sana, el modo de conocimiento propio del hemisferio izquierdo, basado en el análisis, la precisión y lo cuantitativo, debería estar al servicio del modo de ser del hemisferio derecho, que hace hincapié en las relaciones, el contexto y lo cualitativo. Pero ocurre todo lo contrario. La economía contemporánea parece diseñada exclusivamente por el hemisferio izquierdo.

4. La negligencia de lo no-económico

Los estudios neuropsiquiátricos describen un curioso trastorno de la percepción llamado «síndrome de negligencia» o «heminegligencia». Generalmente resulta de una lesión en el hemisferio cerebral derecho, y se manifiesta como incapacidad (neurológica, no fisiológica) de percibir lo que hay en la mitad izquierda del campo visual. El paciente es completamente indiferente a lo que tiene a la izquierda: por ejemplo, come únicamente lo que hay en la mitad derecha del plato, y se afeita o se maquilla sólo la mitad derecha de la cara. Si se consigue que llegue a darse cuenta de su brazo o pierna izquierdos, niega rotundamente que sean suyos («¡Eso es un brazo falso que alguien me ha puesto!»; «¡No sé de quién es esta mano, pero que le quiten mi anillo!»). Sólo reconoce lo que tiene a la derecha.

Como señala el gran neurocientífico V. S. Ramachandran, «el síndrome de negligencia tiene algo que ver con la especialización hemisférica: el modo en que los dos hemisferios cerebrales gestionan el mundo exterior... al enfrentarse a una

²⁷ Dos grandes pioneros que están mostrando el carácter primordial del hemisferio derecho son los psiquiatras británicos John Cutting y Iain McGilchrist. Este último es autor de *The Master and His Emissary*, un libro enciclopédico (con más de dos mil referencias científicas) en el que divulga lo que hoy sabemos sobre las funciones de ambos hemisferios. A diferencia de la mayor parte de la neurociencia, que ha estado contemplando el cerebro desde el hemisferio izquierdo, McGilchrist integra todo ese conocimiento adquirido en una visión global propia del hemisferio derecho.

discrepancia, el modo de actuar del hemisferio izquierdo es pasarla por alto, pretendiendo que no existe, y seguir adelante [...]. El estilo de actuación del hemisferio derecho es exactamente el opuesto. Es muy sensible a las discrepancias, por lo que lo llamo el ‘detector de anomalías’²⁸.

Es notable el paralelismo entre el síndrome de negligencia que describe la neuropsiquiatría y las negligencias del pensamiento económico convencional, o de lo que podríamos llamar la mirada tecnocrática. La mirada tecnocrática hay cosas que no ve, por mucho que las tenga enfrente. No es que el pensamiento económico convencional se haya especializado en lo económico, sino que activamente rechaza aceptar la existencia de lo no económico. No se trata de especialización ni de olvido, sino de negligencia.

Un primer síntoma de negligencia es de magnitud astronómica: la Tierra, el planeta vivo del que formamos parte, la base biofísica que sostiene toda actividad económica. Hace cuarenta años un famoso informe (*Limits to Growth*) advertía que el crecimiento de la actividad económica acabaría chocando contra los límites ecológicos y geológicos del planeta. Hoy ya estamos chocando contra esos límites, y ello tiene mucho que ver con por qué se ha detenido la maquinaria del crecimiento económico: a nivel global, por debajo de la especulación inmobiliaria y financiera, por debajo de los extremos de codicia y de incompetencia, está el choque contra los límites geológicos y ecológicos de la realidad biofísica. Pero el pensamiento económico convencional sigue imaginando que el planeta es un almacén ilimitado que está ahí para que extraigamos lo que nos plazca y le vertamos todo tipo de residuos. Sigue imaginando que vive por arte de magia en otra dimensión, que la tierra, el agua y el aire no son cosa suya. Pero lo son, hasta el punto de que la moderna actividad económica ha desencadenado lo que empieza a describirse como una nueva era geológica: el *Antropoceno*.

²⁸ RAMACHANDRAN (2008), p. 45. Cfr. CUTTING (1997), p. 380: «Selective attention is predominantly a left-hemisphere activity».

En el otoño de 2008 se nos dijo que vivíamos una crisis económica puntual, un momento de desaceleración propio de los típicos ciclos de expansión y recesión del capitalismo. Hoy ya es evidente que se trata de algo mucho más profundo. Es cierto que la economía mundial vivió una crisis todavía más intensa a partir de 1929, la llamada Gran Depresión. Ahora, sin embargo, el mundo está mucho más globalizado y la crisis afecta al conjunto de las sociedades del planeta de un modo sin precedentes, a la vez que también están en crisis todos los ecosistemas de la Tierra. (Por otra parte, dicho sea de paso, en sentido psiquiátrico la Gran Depresión es ahora, en lo que llevamos de siglo XXI: nunca había habido tantos millones de personas clínicamente deprimidas.)

Hay, sin embargo, una diferencia clave entre la crisis de 1929 y la actual. Aquella fue una crisis estrictamente económica, causada por desajustes internos (como un exceso de oferta generado por la producción en masa). Una vez reparados los desajustes, la maquinaria económica podía seguir explotando la cornucopia de recursos que ofrecía el planeta. Ahora ya no. El petróleo y muchos otros recursos materiales y energéticos son cada vez más escasos.

Hablando de petróleo, un curioso síntoma de negligencia es la incapacidad del sistema económico de entender que la abundancia de petróleo en el subsuelo no depende de la economía sino de la geología. El descubrimiento de pozos de petróleo ha ido descendiendo desde 1964, y desde 1979 la extracción per cápita no ha dejado de disminuir. Ahora bien, organismos tan respetados como la Agencia Internacional de la Energía²⁹ o la *Energy Information Administration* norteamericana se han

²⁹ Cabe decir que la Agencia Internacional de la Energía está cambiando desde que tiene como economista en jefe a Fatih Birol, quien reconoce abiertamente la gravedad de la contribución de los combustibles fósiles al cambio climático y ha afirmado que «la era del petróleo barato se ha acabado», que «hemos de dejar el petróleo antes de que el petróleo nos deje a nosotros». En noviembre de 2010 la Agencia Internacional de la Energía concluyó que el cenit de la extracción de petróleo convencional tuvo lugar en 2006. Pero el mismo informe seguía pronosticando que en 2035 la producción de petróleo convencional seguiría igual que entonces, gracias a los «fields yet to be developed or found».

negado durante décadas a aceptar que pueda haber un momento a partir del cual la extracción de petróleo, tras haber alcanzado su cenit, empezaría a descender. Estas organizaciones tecnocráticas publican regularmente pronósticos de cuál será la producción de petróleo, desglosada por países, en las próximas décadas. Curiosamente, según estos datos siempre habrá petróleo para satisfacer su creciente demanda. ¿De dónde sale? En su mayor parte, procede de yacimientos... *not yet discovered* o *unidentified*: ¡«todavía no descubiertos» o «no identificados»! No hay ningún indicio geológico del existencia de tal petróleo, es un delirio en la mente de los tecnócratas –que después, acorazados tras muros de abstracciones, presumen de «realismo».

Otro síntoma de negligencia en el pensamiento económico convencional es su inconsciencia ante las desigualdades sociales que genera. Desde hace décadas, nuestro sistema económico incrementa las desigualdades, tanto a nivel global como dentro de la mayoría de países: hace que los ricos sean más ricos y los pobres, más pobres. Así, *El País* informa de que la brecha salarial entre los directivos de las empresas y sus empleados se amplía, y que ahora «el sueldo medio de los presidentes del Ibex es 90 veces el de su plantilla»³⁰. ¡Noventa veces! Y eso en relación con la media de sus empleados, es decir, que ganan *más de cien veces más* que los empleados peor pagados... Los sociólogos constatan que las desigualdades extremas no son buenas para nadie (ni siquiera para los privilegiados)³¹. Pero la mecánica económica lo ignora. Los tecnócratas se preocupan mucho más por la inflación (un indicador abstracto que mide cuestiones monetarias) que por el paro, un hecho tremendamente real que afecta a las personas, a su crecimiento y a su dignidad.

Las negligencias del pensamiento económico convencional están empezando a ser superadas por los economistas que tienen en cuenta el contexto

³⁰ FERNÁNDEZ (2012), pp. 4-6.

³¹ Véase WILKINSON y PICKETT (2009).

biofísico (bioeconomía, economía ecológica, economía verde) y que dan más importancia a las personas y a la sociedad que a las abstracciones económicas. Pero el pensamiento tecnocrático nada oye. Contempla las situaciones de manera compulsiva, ignorando su contexto global, sus matices y sus posibles alternativas. Las medidas tecnocráticas, se nos dice, son necesarias, son la única vía (Thatcher coronaba muchas de sus decisiones con la coletilla: «no hay alternativa»).

Los pacientes con lesión en el hemisferio derecho y síndrome de negligencia tienden a combinar su negación de la realidad con un optimismo sin fundamento. Alegremente insisten que no hay problema, que todo está bien³². Como esos banqueros que, tras haber realizado una gestión desastrosa, aparecen tan sonrientes en las fotos.

5. La hiperabstracción como patología

Hemos visto hasta ahora que el pensamiento económico convencional no responde a lo que cabría esperar de una verdadera ciencia, y que la mirada tecnocrática, pese a su culto a la eficiencia, no es un ejemplo de realismo. Al contrario, es incapaz de ver una gran parte de la realidad con la que interactúa, hasta el punto que, funcionalmente, merece un diagnóstico equivalente a lo que en neuropsiquiatría se denomina síndrome de negligencia. Ahora bien, ¿cómo es posible que una mentalidad que pone tanto énfasis en la abstracción y en la racionalidad, pueda actuar de manera tan irracional? Para resolver esta aparente contradicción hemos de adentrarnos un poco más en el mundo de la psiquiatría.

³² MCGILCHRIST (2009), p. 84. Cfr. RAMACHANDRAN (2008), pp. 45-46: «Un paciente con un accidente cerebrovascular en el hemisferio derecho (con el lado izquierdo paralizado) que envía una orden para mover el brazo, [observa] que el brazo no se mueve, por lo que se produce una discrepancia. Su hemisferio derecho está dañado, pero su hemisferio izquierdo intacto sigue con su tarea de negación y confabulación, pasando por alto la discrepancia y diciendo 'todo está bien, no te preocupes'».

Uno de los mayores psiquiatras de mediados del siglo XX, Eugène Minkowski, constató que hay una verdadera patología que consiste en el exceso de racionalidad: lo que él denominaba «racionalismo malsano» (*rationalisme morbide*). Este racionalismo malsano, según Minkowski, va ligado al exceso de abstracción, a un *esprit de géométrie* frío y cerebral, y a la pérdida de la sensibilidad que nos vincula a los otros y al mundo³³. Elimina de la propia experiencia los sentimientos, la intuición y «todo lo que constituye la riqueza y la movilidad de la vida». Se manifiesta como atrofia del sentido común e «hipertrofia del intelecto». Así lo explica uno de los pacientes de Minkowski: «Suprimí la afectividad, tal como hice con toda la realidad... Ya no tengo sensaciones normales. Sustituyo esa falta de sensaciones normales con la razón».

Esta patología no es otra que el trastorno mental más paradigmático, la esquizofrenia. A diferencia de la mayoría de trastornos mentales, que erosionan la capacidad intelectual, la esquizofrenia tiende a ir ligada a una peculiar capacidad para el pensamiento abstracto. Una persona con un diagnóstico de esquizofrenia difícilmente puede hacer grandes aportaciones a las ciencias humanas o naturales, pero sí puede destacar en ámbitos abstractos desligados del mundo real,³⁴ como el ajedrez o buena parte de la economía académica. Es conocido el caso de John Nash, quien después de décadas de convivir con un diagnóstico de esquizofrenia obtuvo el llamado Premio Nobel de Economía («llamado» porque no fue instaurado por la Fundación Nobel, sino por el banco central sueco, el Riksbank: el nieto de Alfred Nobel se quejó de que «el Riksbank ha puesto su huevo en el nido de otra ave»).

³³ MINKOWSKI (2000): «La mirada ya no sabe fijarse en las personas del entorno en la medida en que la vida lo exige de nosotros, resbala de inmediato por encima y parte hacia las regiones desérticas y glaciales regidas por la inteligencia pura». Estas regiones «desérticas y glaciales» recuerdan al territorio «in the far North... bleak and dismal» en el que el economista LEIJONHUFVUD (1973), jugando a ser etnólogo, situaba el territorio de la imaginaria tribu de los economistas, «the Econ tribe», adoradores de los *modl* (modelos), y formada principalmente por dos castas: los «Micro» (cuyo tótem simboliza la Oferta y la Demanda) y los «Macro».

³⁴ CUTTING (1997), pp. 349, 365 y 375.

A pesar de toda la evidencia recopilada por Minkowski, la patología del racionalismo malsano fue más o menos ignorada durante décadas. Los beneficios de la racionalidad son innegables, y nuestra cultura había acabado creyendo que, siempre y en todos los casos, cuanta más racionalidad, mejor. ¿Cómo podría haber un exceso de racionalidad? ¿Cómo podría la racionalidad convertirse en irracionalidad? La patología del racionalismo malsano o ultra-racionalismo no empezó a ser redescubierta por la psiquiatría hasta los años 90 del siglo pasado, a partir de los estudios del psicólogo clínico norteamericano Louis Sass (*Madness and Modernism*) y del psiquiatra británico John Cutting (*Principles of Psychopathology*), desarrollados más recientemente por otros psiquiatras como Giovanni Stanghellini o Iain McGilchrist.

Más arriba hemos identificado diversos rasgos distintivos del pensamiento económico convencional y de la mentalidad tecnocrática: los podríamos resumir en una tendencia a fijarse exclusivamente en lo *abstracto* y *cuantificable*, de modo que la realidad viviente del mundo se convierte en una suma de entidades *estáticas*, *aisladas* y que actúan de manera puramente *mecánica*. Si ahora abrimos un manual de neuropsiquiatría como los *Principles of Psychopathology*³⁵ de Cutting, veremos que, precisamente, esta tendencia es sintomática del racionalismo malsano tal como se manifiesta en la esquizofrenia. De hecho, la esquizofrenia es básicamente «ultrarracionalidad»³⁶ y tiene mucho que ver con «todo lo que es moderno en la condición

³⁵ *Principles of Psychopathology*. Oxford, Oxford University Press, 1997. Este manual, extraordinario y poco conocido, integra el conocimiento neurocientífico contemporáneo con la tradición psiquiátrica y la reflexión filosófica. Según Cutting, el correlato neurológico de la esquizofrenia es una disfunción del hemisferio derecho del cerebro, que se vuelve «under-active relative to its normal state and to the left hemisphere» (1997, p. 175). Cf. MCGILCHRIST (2009), p. 393: «There are, then, remarkable similarities between individuals with schizophrenia and those whose right hemisphere is not functioning normally. This is hardly surprising since there is a range of evidence suggesting that just such an imbalance in favour of the left hemisphere occurs in schizophrenia».

³⁶ CUTTING (1997), p. 177, 349, 375, 379 y 501. O, en palabras de MCGILCHRIST (2009, p. 332), la base de la esquizofrenia es «an excess of rationality... schizophrenia is not characterised by a Romantic disregard for rational thinking and a regression into a more primitive, unself-conscious, emotive realm of the body and the senses, but by an excessively detached, hyper-rational, reflexively self-aware, disembodied and alienated condition».

humana: una mente a la deriva, no amarrada en el mundo, una mente que a partir de entonces crea su propio mundo, que resulta cada vez más desconcertante y más alienado del mundo real»³⁷. Las personas con esquizofrenia tienden a objetificar el mundo y a los demás³⁸, a suprimir todo tipo de empatía³⁹ y «a apoyarse en el aspecto lógico y matemático de la experiencia»⁴⁰. Un paciente declara: «Suelo estar contando [...]. Por ejemplo, un perro tiene cinco lados. Un árbol tiene siete. Empezó como una acción voluntaria, una especie de juego. Pero luego se me fue de las manos y a veces no puedo detenerme»⁴¹. Les gusta clasificar y reclasificar⁴² (como a las agencias de *rating*). Muestran un «pensamiento extremadamente abstracto»⁴³, y «una especie de ultra-racionalidad»⁴⁴ que hace que el mundo vivo y tangible se desvanezca bajo capas de abstracciones, como señalan los propios pacientes: «acabé dudando de mis sentidos»⁴⁵; «La realidad se me aleja. Todo lo que toco... se convierte en irreal en cuanto me acerco»⁴⁶.

Este mundo irreal está hecho de elementos estáticos, como los de la economía neoclásica. Las personas con esquizofrenia «tienden a fijarse en lo estático y a quitar énfasis a los aspectos dinámicos y emocionales del mundo, generando un universo más dominado por los objetos que por los procesos o las acciones»⁴⁷. Un paciente señala que lo que le atrae es «el gusto por la simetría, por la regularidad [...]. La vida no tiene regularidad ni simetría, y por ello manufacturo mi propia realidad»⁴⁸. Otro afirma: «Siempre busco la inmovilidad [...]. Me

gustan los objetos inmóviles, cajas y tornillos, cosas que siempre están ahí, que nunca cambian»⁴⁹.

El resultado es una visión completamente fragmentada de la realidad⁵⁰: «Una multitud de detalles sin sentido [...]. No veía las cosas en su conjunto. Sólo veía fragmentos»⁵¹. «Veía los rasgos individuales de su cara, aisladamente: los dientes, después la nariz, después las mejillas, ahora un ojo y después el otro»⁵². En este mundo abstracto las personas parecen máquinas: «La gente parecía una mezcla entre robots y personas»⁵³. Los pacientes se contemplan a sí mismos «como máquinas (a menudo como robots, ordenadores o cámaras) y a veces declaran que partes de su cuerpo han sido sustituidas por componentes metálicos o electrónicos»⁵⁴. Y ven los organismos como meros mecanismos⁵⁵.

A pesar de la física cuántica y la psicología transpersonal, en pleno siglo XXI la economía imperante se basa en una ontología decimonónica: es reduccionista y fragmentadora, y ve el mundo como una suma aleatoria de objetos inertes y cuantificables que están ahí para que los exploremos. Esta visión del mundo queda bien resumida en las palabras de un paciente esquizofrénico: «El mundo consiste en herramientas... todo lo que vemos tiene alguna utilidad»⁵⁶.

El ultrarracionalismo ha sido superado por la evolución de la cultura y de la ciencia a partir de Nietzsche y de Gödel, de Einstein y Bohr, de Maslow y Fromm. Pero ha infestado el pensamiento económico (sobre todo a partir de Friedman y la Escuela de Chicago) y la mentalidad tecnocrática en general. Como veía Whitehead, hemos incrementado la precisión y la especialización pero hemos perdido la visión de conjunto⁵⁷.

³⁷ CUTTING (1997), p. 505.

³⁸ MCGILCHRIST (2009), p. 395.

³⁹ MCGILCHRIST (2009), p. 397. La falta de empatía está relacionada con un desequilibrio en favor del hemisferio izquierdo (MCGILCHRIST [2009], p. 407).

⁴⁰ CUTTING (1997), p. 175.

⁴¹ STANGHELLINI (2004), p. 4.

⁴² CUTTING (1997), pp. 340, 349 y 502; MCGILCHRIST (2009), p. 53.

⁴³ CUTTING (1997), p. 340. Cfr. la tendencia a lo *hyperabstract e hyperliteral*, en SASS y PARNAS (2003, p. 435).

⁴⁴ CUTTING (1997), p. 177.

⁴⁵ CUTTING (1997), p. 176.

⁴⁶ CUTTING (1997), p. 178.

⁴⁷ SASS (1992), citado en CUTTING (1997), p. 179.

⁴⁸ CUTTING (1997), p. 176.

⁴⁹ CUTTING (1997), p. 502.

⁵⁰ MCGILCHRIST (2009), pp. 44 y 396.

⁵¹ CUTTING (1997), p. 176.

⁵² CUTTING (1997), p. 177.

⁵³ CUTTING (1997), p. 176.

⁵⁴ MCGILCHRIST (2009), p. 439.

⁵⁵ MCGILCHRIST (2009), pp. 350, 392 y 398.

⁵⁶ SASS (1992), p. 168.

⁵⁷ WHITEHEAD (1948), p. 197.

Una economía más sana y humana bajará de los laberintos de abstracciones a la vida concreta de las personas y el planeta. Transformará el modo de emplear los hemisferios cerebrales, integrando el hemisferio analítico al servicio del hemisferio holístico, que es el que en una mente sana tiene la primera y la última palabra. Ello se reflejaría en el paso:

- de la visión reduccionista y fragmentadora a la visión de conjunto y la comprensión holística;
- del individualismo consumista al sentido de comunidad;
- de la codicia del ego a una conciencia planetaria y solidaria;
- de la organización jerárquica a la organización en red;
- de la sociedad industrial a una sociedad sostenible;
- del materialismo al postmaterialismo;
- de la alienación a la participación y a la vida con sentido;
- de un mundo centrado en los objetos y el dinero a un mundo centrado en las personas y el planeta.

Un mundo nuevo quiere nacer. Un mundo que no esté ya orientado al crecimiento material ilimitado (horizonte en ruinas que solo genera frustración) sino al crecimiento de lo que nos hace verdaderamente humanos y participantes en la red de vida del planeta. Un mundo en el que las abstracciones sean un instrumento al servicio de la vida. Y no al revés.

Referencias bibliográficas

- BLANCHARD, O. (2012): «Foreword»; en *World Economic Outlook: Growth Resuming, Dangers Remain*. Washington, DC, International Monetary Fund; pp. xiii-xiv.
- CUTTING, J. (1997): *Principles of Psychopathology: Two Worlds, Two Minds, Two Hemispheres*. Oxford, Oxford Medical Publications.
- DALY, H. E. y COBB, J. B. (1990): *For the Common Good*. Londres, Green Print.
- DELONG, J. B. (2011): «La ciencia económica en crisis»; en *El País/Negocios*, 22 de mayo de 2011; p. 20.
- DOBELL, A. R. (1995): «Environmental Degradation and the Religion of the Market», en COWARD, H., ed.: *Population, Consumption, and the Environment*. Albany, State University of New York Press; pp. 229-250.
- FERNÁNDEZ, D. (2012): «Una casta a prueba de crisis»; en *El País/Negocios*, 13 de mayo de 2012; pp. 4-6.
- GEORGESCU-ROEGEN, N. (1971): *The Entropy Law and the Economic Process*. Cambridge, Harvard University Press.
- GREER, J. M. (2011): *The Wealth of Nature: Economics as if Survival Mattered*. Gabriola Island, New Society.
- KEEN, S. (2011): *Debunking Economics*. Londres, Zed.
- KRUGMAN, P. (2011): «Rayando en la locura»; en *El País/Negocios*, 17 de julio de 2011; p. 21.
- LABORDA, Á. (2010): «El comportamiento maniaco-depresivo del ahorro»; en *El País/Negocios*, 10 de octubre de 2010; p. 26.
- LEIJONHUFVUD, A. (1973): «Life among the Econ»; en *Western Economic Journal* (11, 3); pp. 327-337.
- LOY, D. (2002): «The Religion of the Market», en LOY, D.: *A Buddhist History of the West*. Albany, State University of New York Press; pp. 197-210.

- MAS-COLELL, A.; WHINSTON, M. D. *et al.* (1995): *Microeconomic Theory*. Nueva York, Oxford University Press.
- MCGILCHRIST, I. (2009): *The Master and his Emissary: The Divided Brain and the Making of the Western World*. New Haven, Yale University Press.
- MINKOWSKI, E. (2000): *La esquizofrenia*. México, Fondo de Cultura Económica.
- MOSS, D. A. (2007): *A Concise Guide to Macroeconomics*. Boston, Harvard Business School Press.
- NAREDO, J. M. (2009): *Luces en el laberinto*. Madrid, Libros de la Catarata.
- PATEL, R. (2010): *Cuando nada vale nada*. Barcelona, Los libros del Lince.
- PIGEM, J. (1994): *La odisea de Occidente*. Barcelona, Kairós.
- PIGEM, J. (2009): *Buena crisis: Hacia un mundo postmaterialista*. Barcelona, Kairós.
- RAMACHANDRAN, V. S. (2008): *Los laberintos del cerebro*. Barcelona, La Liebre de Marzo.
- RIST, G. (2011): *The Delusions of Economics*. Londres, Zed.
- SAHLINS, M. (2008): *The Western Illusion of Human Nature*. Chicago, Prickly Paradigm Press.
- SASS, L. (1992): *Madness and Modernism*. Cambridge, Harvard University Press.
- SASS, L. y PARNAS, J. (2003): «Schizophrenia, Consciousness, and the Self»; en *Schizophrenia Bulletin* (29, 3); pp. 427-444.
- SCHUMACHER, E. F. (1974): *Small is Beautiful: A Study of Economics as if People Mattered*. Londres, Abacus.
- STANGHELLINI, G. (2004): *Disembodied Spirits and Deanimated Bodies*. Oxford, Oxford University Press.
- WHITEHEAD, A. N. (1985 [1929]): *Process and Reality*. Nueva York, The Free Press.
- WHITEHEAD, A. N. (1948 [1925]): *Science and the Modern World*. Nueva York, Pelican Mentor.
- WILKINSON, R. y PICKETT, K. (2009): *Desigualdad*. Madrid, Turner.